

# *Razón narrativa. De las virtudes cognitivas del relato comparadas con las del modelo\**

WIKTOR STOCZKOWSKI

École des Hautes Études en Sciences Sociales  
wictor.stoczkowski@ehess.fr

Entre los dichos que abundan en el folklore oral de la subcultura de los etnólogos, hay una anécdota que cuenta como Edward E. Evans-Pritchard, de regreso del Sudán, donde había estudiado a los Nuer, comienza a redactar la monografía de este pueblo —obra que llegaría a convertirse en un gran clásico de la etnología— tan pronto como se encuentra a bordo del barco que le lleva camino de Inglaterra: conforme la escritura iba avanzando, Evans-Pritchard arrojaba por la borda las notas de campo que recogían sus observaciones etnográficas.

La imagen del sabio que trata sus datos tan delicadamente, resuelto a hacerlos desaparecer después de haber nutrido un texto del cual no eran, al parecer, más que un simple expediente, nos acerca a un problema real, aunque la anécdota no se corresponda con la verdad. Ningún investigador puede ignorar hoy que no es solamente un productor de conocimientos, sino también, lo que a veces no deja de ser beneficioso, un productor de textos, como nos recuerdan las obras con elocuentes títulos que han proliferado en los últimos años: *The Anthropologist as Author*, *Writing Cultures*, *The Writing of History*, *Writing Biology*, etc. (Geertz, 1988; Canary & Kozicki, 1978, Clifford & Marcus, 1986, Meyers, 1990)<sup>1</sup>. Que el arte de poner las cosas sobre el papel forma parte integrante de los

---

\* Traducción de Antonio Vallejos. Reedición, con el permiso de Sage Publications Ltd., de W. STOCZKOWSKI, «La raison narrative: des vertus cognitives du récit comparées à celles du modèle», en *Social Sciences Information*, 40, n.º 3, pp. 347-371, 2001, copyright Sage 2001.

<sup>1</sup> En los Estados Unidos, una colección especializada, «Rhetoric of de Human Sciences», editada por la Universidad de Wiscosin, acoge este tipo de obras. En Francia, numerosas revistas han consagrado a ello números especiales, entre los que se pueden citar a título de ejemplo: «Le texte ethnographique», *Études Rurales*, n. 97-98 (1985); «Écritures de l'ethnologie», *L'Homme, revue française d'anthropologie*, n. 111-112 (1989), «Poétique et rhétorique des savoirs dans les sciences humaines», *Strumenti Critici*, n. 85 (1997); «Science et récit», *Littérature*, n. 109 (1998).

saber-hacer indispensables al investigador es una evidencia tan fácil de admitir como difícil de hacer pasar —como algunos tienden a hacer— por un descubrimiento reciente que haría caer las escamas de nuestros ojos para desvelarnos nuestra condición equívoca de autores. Los artificios retóricos o literarios, a pesar de las maldiciones que sobre ellos arrojan periódicamente los sortilegios de los metodólogos, no han desaparecido jamás de los textos de las ciencias sociales. Su pretendido retorno, anunciado recientemente con fuertes fanfarrias, traduce simplemente una evolución de costumbres que autoriza desde este momento a hacer alarde de las técnicas de escritura, tratadas hasta hace poco como esas amantes de antaño de las que no puede aparentemente pasarse y con las cuales estaba feo mostrarse en público.

Salvo un gran número de lugares comunes que nuestros debates han heredado de los viejos discursos de los adeptos a la retórica, la reflexión actual sobre la escritura de las ciencias sociales supone algunas innovaciones, aunque siempre relativas. En primer lugar, la atención se encuentra en el presente focalizada sobre las afinidades entre textos científicos y textos narrativos. En segundo lugar, cuando tales afinidades son tenidas por demostradas, queda la inevitable cuestión del estatuto cognitivo del relato, a la que se da un conjunto de respuestas en un continuo que va desde un escepticismo radical que hace de los investigadores en ciencias sociales artesanos de ficciones verbales destinados a explorar los mundos posibles de la imaginación (Tyler, 1986; White, 1973; White, 1978: 82) hasta un optimismo testarudo que proclama con certeza que las formas narrativas ofrecen, en mayor medida que el resto que los medios de escritura, los recursos cognitivos indispensables para llegar eficazmente a una intelegibilidad de la cosa humana (recordemos el relato en tanto que «instrumento cognitivo» o «modo de comprensión» según L. O. Mink, 1970; el «pequeño relato» como quintaesencia de la «invención imaginativa» en la ciencia, según J. F. Lyotard, 1984; el relato como medio de comprender la dimensión temporal de la experiencia humana, según P. Ricœur, 1983, vol. I: 17). No ha faltado el carácter provocador de la citada tesis de las «ficciones verbales», capaz de asegurar a sus sostenedores una gran visibilidad, atestiguada en la literatura especializada por la frecuente citación de sus trabajos. Pero la tesis no provoca unanimidad, sino todo lo contrario: si un buen número de historiadores evoca a Hayden White y si los etnólogos se sienten obligados a comentar los textos de James Clifford es sobre todo para distanciarse de sus opiniones. Las «ficciones verbales» son generalmente desestimadas, tanto por los que recusan «la palabra» porque aborrecen «la cosa» como por los que la veneran porque la practican. No es raro que se haya empezado a reconocer la importancia del relato en los textos de ciencias sociales a condición de no reducir éste al rango de «ficción», bajo el pretexto de que tienen, a pesar de o a causa de su orientación narrativa, «una relación específica con la verdad»<sup>2</sup>. Uno queda un poco confuso cuando trata de precisar en qué consiste esta «relación específica». Sólo se puede decir que la mayor parte de los investigadores conservan la ambición, o al menos la esperanza, de ser no solamente narradores, sino también pro-

---

<sup>2</sup> R. CHARTIER (1998: 247) utiliza esta fórmula, epistemológicamente enigmática, para definir el estatuto de la historia.

ductores de saberes verdaderos. No es posible evitar preguntarse si esta aspiración está fundada sobre una real eficacia cognitiva de los procedimientos narrativos.

## 1. LOS PROBLEMAS SEMÁNTICOS

Con el fin de poder decidir si la narración corresponde a un modo de pensamiento cognitivamente eficaz y epistemológicamente fiable, habrá que determinar, en primer lugar, lo que es el relato. Tarea difícil, puesto que el gusto cartesiano por los conceptos claros no es la cosa del mundo mejor repartida, como testimonia la mayor parte de los análisis narratológicos. El término de narración se pone en todas las salsas, y se asiste a una verdadera proliferación adjetival de la palabra, hasta el punto de que, en un texto de sólo quince páginas —por tomar únicamente un ejemplo, anglosajón— encontramos *narrative vectors*, *narrative repositioning*, *narratives frames*, *narrative persuasion*, *narrative program*, *narrative form*, *narrative train*, *narrative energy*, incluso *narrative desire* y *narrative satisfaction* (Wells, 1993). Nadie puede, por otra parte, dejarse engañar por este embaucador desorden semántico: los mismos que lo alimentan llegan a reconocer que la noción de relato es polisémica. Esta conclusión parece ser la única que produce un consenso general en las discusiones sobre el relato, lo que podría incitar a espíritus malévolos y retorcidos a insinuar que se discute sin saber de qué precisamente se habla.

Y lo que es más, nuestra habitual manera de definir los conceptos, apoyada en la comparación antitética como sobre una muleta, apenas contribuye a atenuar la confusión terminológica: se aprende poco sobre la naturaleza del relato cuando éste se opone al modelo formal. En este gran juego de espejos, cada polo opuesto sirve al otro para atribuirle un cómodo valor, lo que deja el primer concepto tan sumariamente definido como el segundo. Siguiendo las reglas del pensamiento binario, se pasa de la pareja modelo-relato a otras antítesis, consideradas sinónimas, como ciencia-literatura o ciencias naturales-ciencias humanas, para después deslizarse hacia una serie de oposiciones convencionales que presumiblemente resumen los respectivos *centros de interés* del modelo y del relato (universal-local, estructura-contexto, grupo-individuo, desteterminismo-contingencia, unicausalidad-multicausalidad), sus *procederes* más patentes (deducción-inducción, formalización-descripción, método-erudición, macroanálisis-microanálisis, lógica-retórica, áscesis de la escritura-preocupación por el efecto retórico, lenguaje artificial-lenguaje natural), y, al cabo de todo, sus supuestas *finalidades* (explicación-comprensión, análisis-descripción)<sup>3</sup>. Aunque los autores que mantienen esta rejilla antitética sean a veces capaces de proponer ideas clarificantes, no es sorprendente que el uso de un dispositivo clasificatorio tan rudimentario aboque fatalmente a una caricatura de los procesos de investigación y de las muy variadas formas textuales que se practican en las ciencias sociales.

<sup>3</sup> Uno de los ejemplos más típicos de esta confusión deliberadamente mantenida es el célebre artículo ampliamente comentado de L. STONE (1979).

Esta imprecisión del concepto clave es probablemente lo que garantiza al debate que suscita un porvenir tan espléndido como extenso es su pasado, tanto más cuanto que, bajo el acogedor estandarte del relato, se pueden llevar a cabo los combates más extremadamente divergentes, una veces —en historia—, ajustando cuentas con la econometría, otras —en arqueología—, oponiéndose al positivismo naíf de la antigua Nueva Arqueología, otras —en etnología—, buscando medios de expresión adecuados para relatar la experiencia de campo, otras —en *cultural studies*— militando a favor de la «igualdad de discursos». Esta polivalencia, accidental o deliberadamente mantenida, lleva a pensar que la noción de relato, a causa de su imprecisión, está dotada de la facultad de crear ese extraño fenómeno que Michel Foucault llamaba «espacio de discursividad», en el que la capacidad para la proliferación discursiva parece proporcional a su vaguedad. En lo que frecuentemente es un simulacro de debate, a favor o en contra del relato, las disertaciones de todo género se multiplican, aparentemente alrededor de un tema común, pero sin muchos riesgos de enfrentamiento excesivo —proscrito en las normas de convivencia académica—, puesto que manifiestamente no se habla de la misma cosa. Se podría, pues, sospechar que las discusiones sobre el relato deben una parte de su popularidad al hecho de que ellas cumplen una función fática, definida por Bronislaw Malinowski como la capacidad de hacer efectiva una clase de comunión en el seno de un grupo social, en este caso, el de los investigadores de ciencias sociales. Da igual que sea el historiador, el etnólogo, el arqueólogo, el sociólogo, el historiador de las ciencias, o el semiótico el que hable del relato, y aunque no se comprenda más que a medias lo que se dice, se tiene la satisfacción de poder discutir conjuntamente.

## 2. DESCRIBIR E INTERPRETAR: TAREAS CONVERGENTES

A pesar de la vaguedad que caracteriza los debates sobre el uso del relato en las ciencias sociales, sería injusto no adoptar ante éstos más que una sonrisa irónica: la cuestión de los recursos cognitivos del relato merece tomarse en serio, aunque sea por la sola y única razón de que generalmente es tomada en serio. La ausencia de una definición precisa de «relato» y la dificultad para trazar una línea de demarcación entre relato y modelo no son obstáculos mayores que se opongan a esta reflexión, sobre todo cuando se aborda desde una perspectiva cognitiva en la que, desde este particular punto de vista, los relatos y los modelos forman parte de una heteróclita caja de herramientas que podemos usar libremente para elaborar nuestros textos científicos, a los que un sólo interrogante común se impone, que es el siguiente: ¿cuál es la concordancia entre estos textos y la realidad observable que aspiran a describir y a interpretar?

Basta con detenerse en los detalles de las argumentaciones que se encuentran en los textos de ciencias sociales, haciendo abstracción de las habituales declaraciones metodológicas con que los autores gustan adornar los iniciales capítulos de sus obras sin que luego se sientan obligados a seguir dichos principios en las partes intermedias, para darse cuenta de que el control de la concordancia entre las hipótesis interpretativas y su realidad referencial se realiza a través de

procedimientos de evaluación que se aplican tanto a los textos narrativos como a todos los otros: los relatos de las ciencias sociales, situados por su forma en las antípodas de los modelos, se encuentran no obstante sometidos a los mismos criterios de juicio epistemológico corrientemente utilizados para juzgar los modelos.

Con el fin de explicitar y de ilustrar esta tesis, conviene comenzar por un examen de los argumentos avanzados habitualmente en favor de la utilidad epistémica del relato en ciencias sociales. Estos argumentos se dividen en dos grupos, el primero atañe a las cualidades descriptivas del relato, el segundo a sus méritos interpretativos.

En cuanto a la descripción, ciertos autores están dispuestos a compartir la convicción de Émile Zola, quien aseguraba hace tiempo que los grandes autores de novela decían mucho más sobre el hombre y la naturaleza que las graves obras de filosofía y de historia (Zola, 1971/1880: 147-152). Esta opinión encuentra hoy su prolongación en la aserción según la cual el científico, si quiere igualar al novelista en su capacidad para describir el mundo, no tiene otra alternativa que la de emplear la escritura narrativa del novelista. Por lo tanto, igual que las disciplinas muy atareadas en otro tiempo con el fantasma de «hacer revivir», en las páginas de un libro, la realidad estudiada (una imagen del pasado en historia o una figura del Otro en etnología), no creen ya que el científico, a semejanza del escritor naturalista soñado por Zola, pueda ser un notario que consigna hechos objetivos sin llegar a interpretarlos<sup>4</sup>. Si los etnólogos o los arqueólogos han necesitado más tiempo que los historiadores para tomar conciencia de que los datos no son dados sino fabricados y que los hechos son, justamente, hechos<sup>5</sup>, nadie puede ignorar hoy que las «resurrección integral», en el medio escrito, de tal o cual parcela de realidad es imposible y que toda descripción es necesariamente una «descripción densa» (*thick description*), término que en Clifford Geertz significa una representación inseparable de una interpretación<sup>6</sup>. Y porque ya sabemos que los conceptos y las hipótesis influyen en la elección y en la representación de los «hechos» resulta poco creíble el investigador que, inmerso en una «descripción», se aventura todavía a compararse al novelista, feliz por poder compartir con él ese «sentido de lo real» del que hablaba Zola (1971/1880: 215) y que, debemos sospechar, es ante todo una mirada inducida por el efecto realista, de acuerdo con el mecanismo del que se burlaba Flaubert haciendo decir a sus bonachones Bouvard y Pecuchet que ellos encontraban parecidos entre retratos de personajes históricos sin llegar a conocer sus modelos (Flaubert, 1999/1881: 186).

No se puede, por tanto, negar que las astucias narrativas, de las que encontramos un rico repertorio en la literatura de ficción, son útiles en la escritura de las «descripciones factuales» que llenan nuestros textos científicos, sobre todo en historia y en etnología. Pero estas «descripciones», del mismo modo que pueden

<sup>4</sup> Según las palabras de ZOLA (1971/1880: 150).

<sup>5</sup> No en el sentido relativista de la fabricación arbitraria de los «hechos» por el novelista, sino en el sentido científico, el investigador en ciencias sociales confecciona los «hechos» como el historiador confecciona la preparación que pone bajo el microscopio, como recuerda F. HARTOG (1995).

<sup>6</sup> C. GEERTZ toma el término a GILBERT RYLE (GEERTZ, 1993/1975: 6).

ser apreciadas por sus eventuales cualidades estéticas, no podrían ser evaluadas desde el punto de vista epistemológico más que en relación con la interpretación que inevitablemente preside su confección. Las descripciones aceptables no son, pues, como en el relato de ficción, las que seducen por su fuerza de evocación o por su verosimilitud, sino aquellas que se encuentran al servicio de interpretaciones juzgadas pertinentes y válidas. Así, ya en el citado nivel «descriptivo» se plantea el problema de la evaluación de las interpretaciones. Ésta es, entre otras cosas, la apuesta fundamental de las disciplinas de conocimiento que, contrariamente a la literatura, aspiran a proponer representaciones conceptuales que mantengan relaciones controlables con la realidad representada.

Otro argumento en favor de la función cognitiva del relato sostiene que la narración revela un acto mental específico, capaz de establecer, a través de la trama, conexiones entre dos cosas que no se observan unidas porque están separadas en el tiempo y en el espacio<sup>7</sup>. La organización de la intriga, de la trama, participaría pues de un modo original de explicación que ninguna técnica analítica podría reemplazar y a la cual no se accedería más que por el sesgo de la narración (Mink, 1978: 148-149; cf. también Veyne, 1970: 67, 70, 242; White, 1973: 7-11; Spranzi-Zuber, 1998). Paul Ricœur, que sostiene esta opinión, precisa que las intrigas narrativas son «el medio privilegiado por el que reconfiguramos nuestra experiencia temporal, confusa, informe y, en el límite, muda (Ricœur, 1983: 13, 124). Que los acontecimientos del pasado —o del presente— forman un caos multiforme e ininteligible que espera un relato para revelar sus regularidades ocultas o para adoptar un orden imaginario es una vieja tesis que genealógicamente podemos remontar al menos a Nietzsche (1993/1874: 250; ver también A. de Vigny, 1993/1827: 5-11). Esta idea se apoya en un presupuesto fuerte: el observador del mundo se asemejaría a la estatua imaginada por Condillac, que emerge de la nada el primer día de la creación, provista ya de la facultad de percibir las sensaciones pero incapaz aún de organizarlas para inferir de ellas juicios analíticos. Sin embargo, nadie, sea o no sea docto, funciona como el ser primordial de los filósofos de la Ilustración. Nuestras percepciones son indisociables de conceptos culturalmente impuestos durante largo tiempo. Del mismo modo, el hormigueo de las masas humanas que se puede contemplar a ciertas horas en nuestras grandes ciudades, y que el observador no acostumbrado a nuestra cultura podría percibir como perfectamente desordenado, no nos parece a nosotros caótico puesto que lo vemos bajo el prisma del concepto explicativo de *hora punta* o de *salida del trabajo*. Nada prueba que la «puesta en intriga», ese acto de «tomar en conjunto» cosas empíricamente separadas, sea una operación cognitiva reservada al relato y que el relato sea indispensable para realizarla.

Igual que sabemos que la narración no detenta el monopolio de la elaboración de «visiones sintéticas» que establecen conexiones entre dos acontecimientos empíricos disjuntos, importa saber si las conexiones que encontramos en los relatos de las ciencias sociales existen en la realidad o si, al contrario, existen exclusivamente en el espíritu de los sabios-narradores.

<sup>7</sup> Ésta fue la tesis de L. O. MINK (1970, 1978); ver también VANN, 1987.

Esta cuestión ya ha sido puesta de manifiesto en repetidas ocasiones y ha recibido una multitud de respuestas divergentes que cubren la totalidad del campo de los posibles, desde la tesis de las «ficciones verbales» hasta la tesis de las correspondencias perfectas (por ejemplo, Mink, 1966; Carr, 1986). Y ha sido tratada frecuentemente por filósofos como si se pudiera esclarecer por razonamientos axiomáticos que parten de principios aceptados *a priori*, a los cuales se regresa en el momento de la conclusión, después de diversas circunvoluciones retóricas, en un círculo vicioso que solamente Paul Ricœur ha tenido la honestidad de llamar por su nombre desde las primeras páginas de su monumental *Temps et récit* (Ricœur, 1983: 17).

Si abandonamos esta tradición, volvemos inevitablemente al problema de la evaluación: para determinar el grado de concordancia entre los relatos y los acontecimientos de los que los relatos aspiran a dar cuenta, es necesario juzgar la pertinencia empírica de las contrucciones narrativas, una vez nos hemos dotado de criterios precisos para tal evaluación. Así que, sea para «describir» o para «interpretar», se debe afrontar el problema del control epistemológico de los relatos, a menos que se renuncie a la ambición de producir conocimiento, definido como una representación homóloga o parcialmente homóloga a las cosas representadas<sup>8</sup>.

### 3. EVALUACIÓN DE LAS HIPÓTESIS INTERPRETATIVAS

En sus reflexiones epistemológicas, los partidarios del recurso al relato se prestan generalmente a reconocer que es aconsejable poseer los medios que permitan evaluar las relaciones entre los textos y su realidad referencial. Sin embargo, cuando hay que especificar el carácter de estos medios se tiene muy frecuentemente la costumbre de contentarse con decir que «la respuesta no es fácil» (como lo declara R. Chartier, 1998: 105).

Este extraño mal, que a menudo dejan traslucir las declaraciones metodológicas, vacilantes y tímidas, es tanto más sorprendente en cuanto que los investigadores tienen la costumbre de emitir juicios críticos y argumentados sobre la validez de los trabajos ya sea de sus colegas, al menos de sus adversarios, como, en todo caso, de sus estudiantes. Los textos narrativos no están excluidos de estas críticas, y es conveniente preguntarse si el uso del relato implica procedimientos particulares de evaluación. Si estos procedimientos existen y son particulares se podrá concluir que la narración corresponde a una función cognitiva original, capaz de producir conocimientos por vías que le son propias.

Entre los numerosos relatos que se pueden examinar en ciencias sociales con el fin de responder a esta cuestión, el libro *Il formaggio e i vermi* de Carlo Ginzburg (1980/1976) presenta numerosas ventajas. Ante todo la de su notoriedad, que dispensa de hacer de él un resumen detallado, siguiéndole la de su reputa-

---

<sup>8</sup> Esta definición me dispensa de comentarios sobre evaluaciones no empíricas de construcciones conceptuales en ciencias sociales (evaluación intuitiva, política o estética), no tanto porque no se produzcan sino porque no es necesario en estos casos evaluar los conocimientos en el sentido aquí definido.

ción, que hace de él una obra faro de la historia narrativa. En su reconstrucción de la vida y de las ideas de un molinero friuliano del siglo XVI, Carlo Ginzburg ha utilizado provechosamente convenciones narrativas que, por otra parte, son corrientemente empleadas en la escritura novelesca. Sin embargo, su relato histórico transmite al mismo tiempo un razonamiento interpretativo, atributo clásico de los trabajos universitarios y del que los novelistas están frecuentemente desprovistos: el autor se sirve de la historia de Menocchio para determinar el grado de autonomía de la cultura popular en relación con la cultura erudita [savant]. Ginzburg afirma que la singular cosmogonía heterodoxa de Menocchio no cuenta con analogías parciales o anecdóticas en las obras impresas de la época y, sin embargo, encuentra paralelismos sorprendentes en el folklore de los pastores de Altai y en los *Vedas*. Estas homologías lejanas son interpretadas como restos de una «tradición cosmológica milenaria» que se conservaría en numerosas partes de Eurasia y que habría servido a la cultura popular de fuente de inspiración independiente de la cultura erudita.

No se disminuirán los méritos de Ginzburg recordando que su manera de actuar, en grandes líneas, no se distingue apenas de los procedimientos interpretativos utilizados desde hace mucho tiempo no sólo en historia, sino también en otras ciencias humanas, como, por ejemplo, la etnología o la arqueología. En todas estas disciplinas, para arrojar luz sobre un hecho cultural, es frecuente buscarle antecedentes, o analogías; y entre éstos, algunos, juzgados más significativos que otros a causa de su mayor similitud con el fenómeno analizado, son, en consecuencia, tenidos por necesarios para la explicación, a título de causa material. Para Ginzburg, la causa material de la cosmogonía de Menocchio es un hipotético fondo milenario de folklore euroasiático, del que el molinero friuliano habría extraído sus especulaciones teológicas, ligeramente modificadas con aportaciones secundarias de escritos de la alta cultura; de ello se deriva, según el autor, la corroboración de la tesis de una relativa autonomía, en el siglo XVI, de la cultura campesina. La argumentación es tan limpia (y los desarrollos narrativos no están destinados ni a disimularla ni a apuntalarla) que es posible resumir —e incluso formalizar— el razonamiento de Ginzburg separándolo de su trama narrativa.

¿Cómo se valida este razonamiento? Para poder decidirse entre dos tesis de carácter general (autonomía *versus* dependencia de la cultura campesina), Ginzburg ha considerado elegir entre dos sencillas interpretaciones que podían dar cuenta de los hechos observables: la concepción de Menocchio puede estar emparentada con teorías expuestas en las publicaciones de la alta cultura, a las cuales habría podido tener acceso en su época, o puede estar enraizada en concepciones que, por muy lejanas que estén cronológica o geográficamente, pertenecen al dominio del folklore. Los hechos históricos citados por Ginzburg le han llevado a privilegiar la segunda hipótesis, que debe a su vez corroborar la tesis de una autonomía relativamente considerable de la cultura campesina.

Esta elección interpretativa no ha tardado en ser debatida y criticada. Se han dirigido a Ginzburg dos tipos de reproches. En primer lugar, en sus comparaciones entre el pensamiento de Menocchio y la cultura letrada, ha omitido tomar en consideración todo el espectro de doctrinas eruditas del siglo XVI italiano, en el



que, a través de las más variadas combinaciones, se entrecruzarán las influencias del averroísmo, del platonismo, del neoplatonismo, del hermetismo y de la cábala, llegando a la formulación de teorías tan singulares como las de un Bruno o las de un Pomponazzi. En segundo lugar, en sus comparaciones con otras concepciones de la cultura no erudita, Ginzburg se ha dirigido rápidamente hacia la lejana Asia, sin haber tenido en cuenta analogías no solamente más próximas sino también más numerosas y estructuradas de manera más similar, como la que ofrece, en relación a la triple concepción cosmogónica, antropológica y soteriológica de Menocchio, la panoplia de doctrinas cátaras, cuyas huellas encontramos en el norte de Italia todavía a finales del siglo XVI (Zambelli, 1979; 1985; Del Sol, 1996/1990)<sup>9</sup>.

La conclusión de Ginzburg ha sido juzgada difícilmente aceptable por razones muy clásicas, sin que las cualidades narrativas de su presentación hayan podido modificar la naturaleza de los juicios críticos. En primer lugar, la fuerza explicativa de esta interpretación parece débil, puesto que el razonamiento de Ginzburg no tiene en cuenta ni todos los elementos del expediente Menocchio ni todos los elementos de la cultura erudita de la época ni todas las doctrinas que circulaban o habrían podido circular entonces por la cultura campesina del norte de Italia. En segundo lugar, su tesis se encuentra poco parsimoniosa, puesto que establece una relación entre las concepciones de un campesino friuliano del siglo XVI y los mitos de los pastores mongoles del XIX, dos fenómenos sin ninguna continuidad cronológica o geográfica; esta inconveniente distancia lleva a Ginzburg a introducir una hipótesis *ad hoc*, suponiendo la existencia improbable de un viejo fondo mítico de inmensa extensión geográfica, transmitido oralmente de generación en generación durante milenios. Si tenemos en cuenta, como han tendido a hacer los historiadores en el debate sobre Menocchio, las hipótesis interpretativas que son simultáneamente las más parsimoniosas entre todas las hipótesis en competencia y las que engloban un mayor número de datos factuales, la explicación de Ginzburg debe ser tenida por menos probable que las otras<sup>10</sup>.

Es muy revelador que los criterios de evaluación aplicados a la hipótesis del historiador italiano sean exactamente los mismos que los cotidianamente evocados por las ciencias sobre las que no recae ninguna sospecha de tentación narrativa: la fuerza explicativa y la parsimonia.

El debate sobre Menocchio muestra que las hipótesis explicativas transmitidas por un texto narrativo pueden ser sometidas a evaluación y que ésta —contrariamente a las afirmaciones de los autores más proclives a realizar declaraciones «metodológicas» que a analizar las verdaderas prácticas de la investigación— obedece a unos criterios epistemológicos que las ciencias sociales o humanas comparten con las otras ciencias. Es necesario concluir que el uso original e inventivo de técnicas narrativas, del cual Ginzburg es un destacado virtuoso, no

<sup>9</sup> No es que la «hipótesis cátaras» de Andrea Del Col o la hipótesis, propuesta por Paola Zambelli, de una influencia de la cultura erudita, no planteen problemas; sin embargo, a pesar de sus debilidades, han sido juzgadas como más plausibles que la explicación de Ginzburg, en la medida en que son empíricamente más poderosas y conceptualmente más parsimoniosas que la suya (*op. cit.*).

<sup>10</sup> Ver un excelente resumen del debate en BOUTIER & BOUTRY (1996).

entraña necesariamente la movilización de procedimientos particulares en esas dos etapas esenciales del esfuerzo cognitivo que son, primero, la construcción de razonamientos explicativos y, segundo, la evaluación de su validez. Este ejemplo singular —pero emblemático—, que podría ser fácilmente complementado por otros, muestra con claridad que la originalidad cognitiva del procedimiento narrativo está lejos de ser demostrada y que debe ser tenida, hasta prueba en contrario, por dudosa, e incluso inexistente.

Y se puede decir más. No solamente es posible dudar de que las técnicas de la escritura narrativa empleadas para enriquecer nuestra prosa enriquezcan el conjunto de nuestras herramientas conceptuales, sino que, igualmente, es necesario preguntar si su uso no supone el riesgo de inhibir nuestros logros cognitivos, sobre todo en lo que concierne a nuestra capacidad de evaluar las hipótesis interpretativas. En efecto, los epistemólogos y los historiadores de las ciencias interesados por la epistemología han podido mostrar, a partir de numerosos estudios de casos, que la validación no podría realizarse eficazmente si no se dispone de numerosas hipótesis en competencia<sup>11</sup>. Esto viene a decir que la tarea del investigador, en cuanto a sus logros cognitivos, se sitúa en el polo opuesto a las reglas de la publicidad, que no alaba más que su propia mercancía y en donde la comparación con los productos de la competencia está prohibida: nuestras construcciones interpretativas no pueden ser convenientemente «testadas» sin ser comparadas con las de otros autores. Toda tesis, sea genial o simplista, concuerda con un cierto número de hechos a la vez que choca contra otro cierto número de hechos que le son desfavorables. E igual que la existencia de confirmaciones no es suficiente para que una interpretación sea aceptada como convincente, la existencia de desmentidos tampoco es, por sí sola, suficiente —contra lo que Popper pretendía— para invalidar y rechazar una interpretación. En consecuencia, la verdadera evaluación de nuestras hipótesis es inexorablemente comparativa y se efectúa necesariamente a través de su confrontación concomitante con los datos empíricos y con las hipótesis en competencia: entre las conjeturas disponibles se llega a admitir que merece ser sostenida, en primer lugar, la que, entre todas, mejor concuerda con los datos (*the inference to the best explanation*: Hartman, 1965) y, en segundo lugar, la que se deja inscribir más fácilmente en un tejido teórico aceptado en razón de su apoyo empírico. Si el investigador dispone, para dar cuenta de su problema, de un abanico muy modesto de hipótesis interpretativas corre el riesgo de quedarse con una solución que será, ciertamente, la mejor, pero la mejor entre las que ha sido capaz de imaginar, pero que puede revelarse muy insuficiente comparada con las que no ha querido tener en cuenta. Todo esto es aplicable a Carlo Ginzburg, que se contenta con una elección binaria entre la explicación por la influencia de una parte de la cultura erudita, tal como ésta se reflejaba en las lecturas de Menocchio, o por la influencia de un hipotético antiguo fondo de cultura popular, mientras que deja de lado otras posibles explicaciones, más potentes incluso.

No faltan índices que permitan suponer que la organización narrativa del texto académico favorece la tendencia a reducir el número de hipótesis interpretativas

---

<sup>11</sup> Ver, por ejemplo, los estudios de casos reunidos en DONOVAN, LAUDAN & BOUTRY (1988).

que el autor está dispuesto a examinar. En su polémica con Hayden White, Arnaldo Momigliano recuerda que toda historia, en el sentido de relato, supone la eliminación de otras historias alternativas (Revel, 1996: 15). Se podría, de hecho, temer que, en su ambición de realizar ese efecto de «plenitud» que se atribuye habitualmente a la narración bien construida, el investigador-narrador puede tener la tentación de organizar su texto alrededor de algunas ideas-fuerza capaces de conferir a la realidad representada una coherencia perfecta que sólo una interpretación desprovista de alternativas podría garantizar. La historia narrativa, preocupada por la coherencia retórica de sus textos, tiende con frecuencia a adoptar la forma clásica de *genus iudiciale*, en la que el autor asume el papel de juez llamado a elegir entre dos tesis antitéticas: esta forma retórica, en tanto que contribuye a aumentar el poder de persuasión del discurso, exige que el número de tesis tomadas en cuenta sea reducido a dos, y que una sea claramente opuesta a la otra. Esta restricción conduce a dar a las hipótesis explicativas en competencia una forma poco matizada y lleva a examinar los datos en función de un abanico singularmente pobre de soluciones interpretativas. Por esta razón, la tarea llamada «narrativa» puede revelarse cognitivamente poco eficaz: se somete voluntariamente a una constricción (más retórica que narrativa) que disminuye la capacidad del investigador para producir numerosas y variadas hipótesis y validarlas por medio de una evaluación comparativa.

Nada prueba, entonces, que el uso de recursos retóricos —artificios narrativos, en particular— equivale fatalmente al abandono de las reglas epistemológicas aceptadas en los trabajos «no narrativos». Si es verdad que numerosos investigadores se niegan a seguir estas reglas en sus textos narrativos, no se puede, sin embargo, inferir de ello que la narración es responsable de esta ligereza metodológica, puesto que ésta puede observarse igualmente en los textos no narrativos de los mismos autores, mientras que hay otros investigadores que llegan a someterse a una metodología muy restrictiva tanto en sus textos narrativos como en sus publicaciones no narrativas, como lo testimonia el ejemplo de los escritos de Steven Jay Gould<sup>12</sup>.

#### 4. LA MODELIZACIÓN Y LAS TRAMPAS DEL PENSAMIENTO ORDINARIO

Si se admite que la co-ocurrencia de debilidades metodológicas y del recurso a las técnicas narrativas en los textos de ciencias sociales no revela relaciones de causa-efecto, puede uno preguntarse si el uso de la modelización cuantitativa,

<sup>12</sup> Se puede comparar, por ejemplo, *Fould House* de Gould, libro de vulgarización donde las técnicas narrativas se utilizan con frecuencia provechosamente, y un artículo especializado como «Punctuated Equilibria», donde son movilizados los recursos habituales del razonamiento científico (datos estadísticos, gráficos, diagramas, silogismos explícitos, etc.); en los dos casos, el autor sigue los mismos principios epistemológicos: toma una cuestión, propone una respuesta hipotética, sitúa ésta en un cuadro teórico con el fin de evaluar la parsimonia conceptual de la hipótesis, confrontar la respuesta con las hipótesis concurrentes, midiendo sus respectivas conformidades con los datos empíricos (GOULD, 1996; GOULD & ELDREDGE, 1977).

frecuentemente opuesta a la narración, previene contra las deficiencias epistemológicas que frecuentemente parecen conllevar los textos narrativos. Para responder a esta cuestión tomo como ejemplo un tipo particular de modelos utilizados en antropología.

La etnología y la arqueología han conocido, en los años setenta y ochenta, la moda de los modelos de optimización (Belovsky, 1987; Jochim, 1976; Keene, 1981; Winterhalder & Smith, 1981), tomados de la ecología, y que ésta a su vez había adoptado de los postulados de la economía neoclásica (MacArthur & Pianka, 1966; Emlen, 1966; Cody, 1974; Rapport & Turner, 1977). Transpuestos a la antropología, los modelos de optimización han sido empleados para prever, a partir de premisas teóricas, las decisiones que toman los cazadores-recolectores cuando privilegian ciertos recursos alimenticios en detrimento de otros. El principal postulado que sirve de fundamento a estos modelos es que los cazadores-recolectores optimizan las relaciones entre los aportes nutritivos y los costes que entraña su adquisición. Se trata, pues, de verificar si las elecciones alimenticias y económicas de los cazadores-recolectores pueden ser explicadas por la estrategia de optimización de la energía y el tiempo invertidos en la caza y en la recolección. La validación de esta explicación se efectúa por la confrontación de las predicciones de los modelos con los datos relativos a las preferencias alimenticias de los cazadores-recolectores actuales o prehistóricos. Y es ahí donde se sitúa el punto más delicado epistemológicamente y, también, el más interesante de la modelización.

Ahora bien, la significación de la relación entre las predicciones del modelo y los datos empíricos no es casi nunca automática, sino que debe ser interpretada. En el caso de los modelos antropológicos de optimización, el acuerdo con los datos, cuando lo hay, siempre es parcial. Se dan unas convergencias limitadas que parecen indicar que el principio de optimización puede efectivamente dirigir, en ciertos dominios circunscritos y hasta cierto grado, las decisiones económicas de los cazadores-recolectores. Pero puede derivarse también que los datos se acoplan muy mal con las previsiones de los modelos. La reacción a este resultado desfavorable ha sido muy significativa. Con el fin de salvaguardar el postulado de la optimización, los investigadores deciden invariablemente avanzar unas hipótesis auxiliares: unas veces evocan una insuficiencia estadística de los datos, que no supone ningún obstáculo cuando las predicciones parecen confirmarse; otras veces modifican la definición de «valor nutritivo» de tal o cual alimento; otras, incluyen en sus cálculos el factor «riesgo», manejable a su antojo; otras, manipulan otros parámetros secundarios. Estos procedimientos no tienen nada de extraordinarios y pueden, a veces, tener un valor heurístico. En cambio, sorprende —y es en ello donde la labor de los modelizadores se aproxima a la labor «narrativa» de Ginzburg— que los partidarios de la optimización se contenten con variar diferentes postulados menores de sus modelos, sin considerar una alternativa en relación al postulado central: el de la optimización. No faltan, sin embargo, informaciones etnológicas que sugieren que la estimación del valor nutritivo de los alimentos constituye un criterio entre otros en las elecciones alimenticias de las sociedades premodernas. Los antropólogos modelizadores no han creído que debían juzgar la fuerza explicativa de su modelo predilecto, en

contraste con los modelos alternativos, y que habría sido necesario construirlo en función de premisas concurrentes, admitiendo, por ejemplo, que los cazadores-recolectores pueden no optimizar del todo, u optimizar buscando procurarse no ya los alimentos más nutritivos sino los más prestigiosos desde el punto de vista de las convenciones simbólicas locales<sup>13</sup>.

Así, aunque los modelos de optimización fuesen sistemáticamente «testados», la eficacia explicativa de su postulado principal no habría sido jamás verdaderamente puesto a prueba, lo que sólo puede hacerse, en una acción comparativa, mediante una confrontación con modelos en competencia. Se han producido modelos en gran número, pero todos reposan sobre un abanico poco variado de hipótesis explicativas, y en consecuencia no se puede determinar si el acuerdo parcial obtenido entre predicciones y datos no habría podido ser más completo si se hubiesen tomado en consideración modelos fundados en otros postulados explicativos.

Este breve análisis no tiene ni mucho menos por objetivo sugerir que la modelización sea una tarea fatalmente defectuosa y que la validación de los modelos resulta imposible. La enseñanza que yo extraigo de ello es muy distinta. Los modelos matemáticos, que gozan de una prestigiosa aura simbólica de cientificidad que se niega a la narración, están, en realidad, lejos de protegernos contra la principal deficiencia cognitiva que acecha —ya lo hemos visto— a los investigadores-narradores: el modelizador, como el narrador, puede reducir en gran medida su capacidad para encontrar una explicación satisfactoria del fenómeno que le interesa, cuando restringe —por dogmatismo, ignorancia, conformismo, pereza o falta de imaginación— el espectro de hipótesis explicativas, lo que reduce su probabilidad de encontrar una solución empíricamente insuperable y le incita con frecuencia a retener, al término de la evaluación, una hipótesis en gran medida desmentida por los datos y cuya superioridad consiste en ser menos desmentida que las otras hipótesis utilizadas en la evaluación. Tal reducción de hipótesis en competencia, ya en el estadio de la validación, incluso el paso al régimen de la hipótesis única, a través de la cual se buscan sobre todo confirmaciones, es una de las características clásicas del pensamiento ordinario. Estudiando este tipo de actuación en situaciones experimentales, los psicólogos han demostrado con claridad la modestia de sus metas cognitivas (por ej. Klaynman & Ha, 1987; Watson, 1977).

Dos conclusiones principales se extraen de las consideraciones precedentes. En primer lugar, no hay nada en las técnicas narrativas que impida al narrador construir razonamientos claros y someterlos a la validación de acuerdo con los criterios habitualmente empleados para evaluar los textos no-narrativos. En segundo lugar, no hay nada en las técnicas de modelización que garantice que su uso aporta automáticamente una contribución válida para el progreso de los conocimientos. Las astucias narrativas y los métodos de modelización no son más que herramientas, las primeras, provechosas (al menos a veces) para nuestros textos, las segundas, provechosas para nuestra reflexión. El pretendido retorno del relato en las ciencias sociales no es un verdadero problema, puesto que la narración no debe

<sup>13</sup> Ver el análisis de los supuestos epistemológicos e ideológicos de los modelos de optimización en KEENE, 1983; PYKE, PULLIAN & CHARNOV, 1977; SMITH, 1983; STOCZKOWSKI, 1990).

ser ni admirada como camino real de un conocimiento sutil y profundo ni condenada como instrumento culpable de la superficialidad metodológica. El verdadero problema es el que atañe a ciertos investigadores, tanto narradores como modelizadores, en sus procedimientos cognitivos, muy próximos a los poco eficaces del pensamiento ordinario.

Si se admite que el relato y el modelo no son más que herramientas, se debe, entonces, reconocer que buenas herramientas no son suficientes para hacer buenos artesanos: también existe el arte de proponer cuestiones pertinentes y de imaginar respuestas originales, sin que nuestras herramientas ni nuestra erudición sirvan de gran cosa. Y justamente de esta parte de la tarea científica es de la que menos se discute. Curiosamente, la producción de hipótesis explicativas continúa siendo considerada como una actividad misteriosa, llena de intuición, de ensoñación o de oscuros mecanismos psicológicos, y, por lo tanto, incomprensible e imposible de enseñar, mientras que en realidad parece ser tributaria de un saber-hacer combinatorio relativamente simple, del que los investigadores se preocupan poco por adquirir un verdadero dominio<sup>14</sup>.

## 5. DEL BUEN USO DEL RELATO

Para terminar, volvamos todavía una vez más al problema de la narración, después de haber concluido que éste no parece pertenecer al grueso de cuestiones vitales de las ciencias sociales, a pesar de la amplitud del debate que suscita. Si el relato, como creo haber demostrado, no ofrece a los investigadores ningún recurso cognitivo original, ¿sería necesario, en consecuencia, prohibir su uso en nuestros escritos, con el pretexto de que la narración nos es inútil?

Dudo en dar una respuesta afirmativa a esta cuestión, aunque estoy lejos de compartir la satisfacción de Lawrence Stone, que, anunciando el retorno del relato, se regocija en un esperado agotamiento de la marea de «tomos ampulosos, llenos de tablas y cifras, de ecuaciones incomprensibles y de porcentajes con diez decimales» (Stone, 1980/1979: 129). Estos tomos —o al menos una parte de ellos— son probablemente el precio que debemos resignarnos a pagar para poder construir un verdadero saber. El valor de los textos científicos no se miden por la distracción que procuran, sino por el conocimiento que producen. Dicho esto, no pienso ni mucho menos que el investigador deba ser particularmente arrogante cuando sus escritos desprenden un solemne aburrimiento: no tenemos ninguna razón para fastidiar inútilmente a nuestros lectores, que no nos han hecho ningún mal, y entre los cuales, por otra parte, muy pocos, cada vez menos, llegan a creer que el aburrimiento sea una prueba de científicidad. Ciertas astucias narrativas, sin convertir nuestros textos necesariamente en mucho más verborrécicos y voluminosos, pueden ayudarnos a hacerlos más placenteros, incluso, más claros: el investigador medio peca frecuentemente no porque escriba como un novelista profesional, sino porque escribe como un aficionado.

<sup>14</sup> Yo he tratado de mostrar esto analizando una muestra de escenarios de la hominización (Stoczowski, 1994).

Una sospecha pesa sobre cualquiera que ose recurrir a las formas narrativas en las ciencias sociales: «está claro, hace eso por dinero». La acusación, a veces, está justificada, puesto que existen efectivamente sabios, entre los más conocidos, que han decidido adoptar un lenguaje seductor dirigiéndose preferentemente al gran público, y no publican sino en la prensa y sólo dan conferencias «de placer». Felizmente, hay también investigadores que, sin sacrificarse a la absurda idea de que hay que interrumpir la investigación para poder narrarla a los no especialistas, se dirigen al gran público para tratar de medir el interés de sus trabajos entre los que los financian con sus impuestos<sup>15</sup>. En verdad, no se puede imaginar nada mejor que un relato para hacer entender a los profanos cómo se construye el saber: suprimiendo la marca cronológica de adquisición de los conocimientos, el relato invita al lector a compartir la aventura del investigador (Descola, 1994: 19, 23; ver también las notas de Jaques Revel, 1986: 33). Un ejemplo particularmente logrado de tal empresa es el libro de Philippe Descola *Les Lances du crépuscule* (Descola, 1993). En una narración que se distingue por una maestría de la pluma que honra a nuestros mejores novelistas, el autor expone a los no-especialistas las situaciones y los procedimientos que han hecho posible la eclosión de un saber etnológico particular. Lo que distingue el libro de Descola de otros relatos científicos es el hecho de que la producción de conocimientos no se confunde con su narración: la publicación de la obra narrativa que presenta los conocimientos adquiridos ha sido precedida de la publicación de toda una serie de artículos técnicos y de un libro erudito en el que Philippe Descola había detallado los resultados de sus trabajos en una forma académica tradicional.

Sin embargo, las cosas no ocurren siempre así. La escritura sometida a las constricciones, sino de la narración, al menos de la retórica, es a veces el único medio que los investigadores escogen para hacer públicos los frutos de sus reflexiones y estudios. Y no es raro que estos textos acaben convirtiéndose en la verdadera coronación de la investigación, la cual se eclipsa enteramente ante el acto de la escritura, hasta desaparecer bajo un vago conjunto de alusiones aproximativas, del mismo modo que las notas de campo de Evans-Pritchard, que desaparecían en las olas del océano, quedando obsoletas por la redacción de un texto destinado a sustituir a la vez a los datos, a los razonamientos y a la realidad. No es raro, ni mucho menos, que un investigador acabe por trabajar antes para escribir que para comprender. Algunos se jactan de poder —y de sólo poder— reflexionar pluma en mano, fieles a la consigna de Hypolythe Taine, que decía que «el arte de escribir no es sino el arte de pensar» (Taine, 1865: 193). Los que comparten esta opinión —y son hoy muy numerosos— corren el riesgo de someter su pensamiento a las severas constricciones de la demostración retórica, que prefiere convicciones cerradas en lugar de dudas, y que defiende estas convicciones a cualquier precio, en lugar de someterlas a prueba y de ingeniárselas para producir otras mejores.

«Docere, movere, delectare» era la ambición de los antiguos retóricos, y también la de algunos investigadores modernos. No es reprochable que los sabios

<sup>15</sup> Como recuerda Ph. DESCOLA (1994: 19).

deseen, por medio de sus textos, instruir, conmover y distraer; sin embargo, es inquietante que traten de hacer todo esto al mismo tiempo. Las técnicas de escritura clásicas, tributarias de esta triple finalidad, siguen siendo útiles para poner correctamente las cosas sobre el papel, pero no nos ofrecen ningún recurso original para mejorar nuestros procedimientos cognitivos.

La reflexión y la escritura no parecen ser contradictorias, al menos en tanto que la una o la otra queden repartidas en dos etapas consecutivas del trabajo de investigación. Desgraciadamente, con mucha frecuencia una se solapa con la otra, y la disparatada importancia que continuamos dando a las cualidades de lo escrito, siendo mucho menos sensibles a las cualidades del razonamiento, contribuye ampliamente a reducir la cognición sobre la retórica.

Se me podrá objetar que es difícil reflexionar sin tomar notas, sin escribir, sin trazar sobre el papel al menos una trama de demostración. En efecto, para reflexionar tenemos necesidad de escribir. Sin embargo, podría sostenerse que esta necesidad no nos lleva a alinear frases sin más, con el fin de hacer de ellas la matriz de un texto futuro, como se nos enseña en la escuela; valdría más que nos contentáramos, en esta fase del trabajo, con un esquema de razonamiento construido a partir de proposiciones enunciadas con claridad y reunidas en una estructura de articulaciones lógicas explícitas provisionalmente maleables, susceptibles de ser puestas a prueba y, si es necesario, ser modificadas, antes que la escritura y sus estrictas reglas lleguen a fijar el pensamiento sobre el papel. Las formas tradicionales de escritura, herederas de la retórica, carecen a veces de esta precisión de formulación y de esta flexible modularidad. Las restricciones de la retórica y de la narración, concebidas para introducir rigidez en la forma de las demostraciones y los relatos, estructuran nuestros textos de manera muy útil, pero pueden del mismo modo estructurar excesivamente nuestra reflexión, hasta el punto de convertirla en rígida y escasamente lábil.

Para aislar lo cognitivo de estas empresas podemos recurrir a nuevas formas de notación, capaces de conferir a nuestros escritos, en los estadios pre-textuales del trabajo de investigación, una reseñable flexibilidad y una gran transparencia, una y otra muy útiles para manipular las ideas y para evaluarlas. La esquematización logicista de Jean-Claude Gardin y ciertos métodos formales de representación de conocimientos elaborados en Inteligencia Artificial ofrecen ejemplos perfectamente operatorios de estas formas de notación (por ejemplo Gardin, 1979; Gardin, 1991; Thagard, 1988). Los que han adoptado el hábito de practicarlas saben lo difícil que es dejar esto a un lado en la construcción de razonamientos, lo mismo que cuando se olvida la retórica y la narración al construir los textos.

Hoy no es muy original remarcar que las ciencias sociales, en su conjunto, llevan siempre a elegir entre una sumisión voluntaria a estrictas reglas epistemológicas y una placentera libertad metodológica de la que no se miden los peligros más que cuando se constata que ésta es también la piedra angular de las parancias o del revisionismo neo-nazi. No se insiste suficientemente en el hecho de que la elección entre el rigor y la desenvoltura no equivale a la elección entre modelo y relato. De igual modo que el gusto por la libertad epistemológica parece acomodarse más fácilmente a la narración que a la modelización y el uso de



la escritura narrativa no abole la posibilidad de construir razonamientos precisos y de controlar su validez empírica, el uso de modelos no previene automáticamente contra una cierta esterilidad cognitiva. Es posible, por una parte, ser epistemológicamente irreprochable abandonándose a la narración y, por otra, ser epistemológicamente deficiente movilizándose técnicas sofisticadas de modelización. En el primer caso, se es irreprochable a pesar de la narración; en el segundo, se es deficiente a pesar de la modelización. La tesis según la cual la modelización garantiza la cientificidad mientras que la narración conduce a una subjetividad arbitraria es digna de un diccionario de ideas recibidas en ciencias sociales, donde debería ir acompañada de la tesis inversa, según la cual la modelización conlleva fatalmente un empobrecimiento formal de los conocimientos y el relato asegura una comprensión intuitiva de lo complejo.

En su búsqueda de las mejores vías de conocimiento, las ciencias sociales no han de elegir entre el relato y el modelo, ni optar por tal o cual otro atributo simbólico de las humanidades o de las ciencias exactas. La receta capaz de asegurarnos una mayor eficacia cognitiva es simple, banal, y conocida desde hace ya bastante tiempo. Se funda sobre tres principios. El primero es la adopción de la validación sistemática de conjeturas explicativas a partir de criterios explícitos, con un fuerte componente de criterios empíricos. El segundo —cuya necesidad no será suficientemente reconocida mientras la obligación de validar las hipótesis se perciba como una frivolidad<sup>16</sup>—, es el interés por la confección, para cada problema considerado, de un amplio abanico de hipótesis explicativas en competencia, tan diversificadas como sea posible. El tercer principio preconiza la separación, en la tarea investigadora, de la etapa que engloba la construcción y la validación de los razonamientos explicativos y la etapa de la escritura de los textos destinados a exponer los resultados de estos mismos razonamientos.

Si la constrictión ejercida por estos tres principios no tiene el resultado que se espera es porque los resortes de funcionamiento de la comunidad académica son complejos y la producción de conocimientos está lejos de ser el único objetivo que los investigadores persiguen.

## REFERENCIAS

- BELOVSKY, G. E. (1987): «Hunter-gatherer foraging: a linear programming approach», *Journal of Anthropological Archaeology*, 6: 29-76.
- BOUTIER, J. & BOUTRY, P. (1996): «L'invention historiographique. Autour du dossier Menocchio», *Enquête*, 3: 165-176.
- CANARY, R. A. & KOZICKI, H. (eds.) (1978): *The Writing of history: literary form and historical understanding*. Madison: University of Wisconsin Press.
- CARR, D. (1986): «Narrative and the real world: an argument from continuity», *History and Theory*, 25: 117-131.

<sup>16</sup> En un libro reciente, Richard F. HAMILTON (1996) ha mostrado la aptitud de las consecuencias de esta deservoltura metodológica, que constituye, por otra parte, una de las características fundamentales de la tradición de las ciencias sociales.

- CHARTIER, R. (1998): *Au bord de la falaise. L'histoire entre certitude et inquiétude*. Paris: Albin Michel.
- CLIFFORD, J. & MARCUS, G. (eds.) (1986): *Writing cultures: the poetics and politics of ethnography*. Berkeley: University of California Press.
- CODY, M. L. (1974): «Optimization in ecology», *Science*, 183: 1156-1164.
- DEL COL, A. (1996/1.<sup>ère</sup> éd. italienne 1990): «Introduction», in A. DEL COL (ed.) *Domenico Scandella known as Menocchio. His trials before the Inquisition (1583-1599)*. Binghamton: Medieval & Renaissance Texts and Studies, vol. 139, pp. 1-1 xxxiii.
- DESCOLA, P. (1993): *Les Lances du crépuscule. Relations Jivaros, Haute-Amazone*. Paris: Plon, coll. «Terre Humaine».
- DESCOLA, P.: «Rétrospections», *Gradhiva*, 16: 15-27.
- DONOVAN, A., LAUDAN, L., & LAUDAN, R. (eds.) (1988): *Scrutinizing science. Empirical studies of scientific change*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press.
- DRAY, W.: «On the nature and rôle of narrative in historiography», *History and Theory*, 10: 153-171.
- EMLÉN, M. J. (1966): «The role of time and energy in food preference», *American Naturalist*, 100: 611-617.
- FLAUBERT, G. (1999/1.<sup>ère</sup> éd. 1881): *Bouvard et Pécuchet*. Paris: Garnier-Flammarion.
- GARDIN, J. C. (1979): *Une archéologie théorique*. Paris: Hachette.
- GARDIN, J. C. (1991): *Le Calcul et la raison. Essais sur la formalisation du discours savant*. Paris: Editions de l'EHESS.
- GEERTZ, C. (1996/1.<sup>a</sup> ed. americana 1988): *Ici et là-bas. L'anthropologue comme auteur*. Paris: Métailié.
- GEERTZ, C. (1993/1.<sup>a</sup> ed. americana 1973): *The Interpretation of cultures*. London: Fontana Press.
- GINZBURG, C. (1980/1.<sup>a</sup> ed. italiana 1976): *Le Fromage et les vers, l'univers d'un meunier du XVI<sup>e</sup> siècle*. Paris: Aubier.
- GOULD, S. J. (1996): *Full House*. New York: Harmony Books.
- GOULD, S. J. & ELDREDGE, N. (1977): «Punctuated equilibria: the tempo and mode of evolution reconsidered», *Paleobiology*, 3: 115-151.
- HAMILTON, R. F. (1996): *The Social misconstruction of reality. Validity and verification in the scholarly community*. New Haven: Yale University Press.
- HARMAN, G. (1965): «The inference to the best explanation», *Philosophical Review*, 74: 88-95.
- HARTOG, F. (1995): «L'art du récit historique», in J. BOUTIER & D. JULIA (eds.) *Passés recomposés. Champs et chantier de l'Histoire, Autrement*, série «Mutations», 150/151, pp. 184-193.
- JOCHIM, M. (1976): *Hunter-gatherer subsistence and settlement: a predictive model*. New York: Academic Press.
- KEENE, A. S. (1981): *Prehistoric foraging in a temperate forest. A linear programming model*. New York: Academic Press.
- KEENE, A. S. (1983): «Biology, behaviour, and borrowing: a critical examination of optimal foraging theory in archaeology», in J. A. MOORE & A. S. KEENE (eds.) *Archaeological hammers and theories*. New York: Academic Press, pp. 137-155.
- KLAYNMAN, J. & HA, Y. (1987): «Confirmation, disconfirmation and information in hypothesis testing», *Psychological Review*, 94: 211-228.
- LYOTARD, J. F. (1990/(1.<sup>a</sup> ed. francesa 1984): «The post-modern condition», in J. C. ALEXANDER & S. SEIDMAN (eds.): *Culture and society. Contemporary debates*. Cambridge: CUP, pp. 330-354.

- MACARTHUR, R. H. & PIANKA, E. R. (1966): «On optimal use of a patchy environment», *American Naturalist*, 100: 603-609.
- MEYERS, G. (1990): *Writing biology: texts in the social construction of scientific knowledge*. Madison: University of Wisconsin Press.
- MINK, L. O. (1966): «The autonomy of historical understanding», in W. DRAY (ed.), *Philosophical analysis and history*. New York: Harper and Row, pp. 160-192.
- MINK, L. O. (1970): «History and fiction as modes of comprehension», *New Literary History*, 1: 541-558.
- MINK, L. O. (1978): «Narrative form as cognitive instrument», in R. H. CANARY & H. KOZICKI (eds.) *The Writing of history: literary form and historical understanding*. Madison: University of Wisconsin Press, pp. 129-149.
- NIETZSCHE, F. (1993/(1.<sup>a</sup> ed. 1874): «De l'utilité et de l'inconvénient de l'histoire pour la vie», in J. LACOSTE & J. LE RIDIER (eds.) *Friedrich Nietzsche, Œuvres*. Paris: Robert Laffont, vol. I.
- PYKE, G. H., PULLIAM, H. R., CHARNOV, E. L. (1977): «Optimal foraging: a selective review of theory and tests», *Quarterly Review of Biology*, 52: 137-154.
- RAPPORT D. J. & TURNER, J. E. (1977): «Economic models in ecology», *Science*, 195: 367-373.
- REVEL, J. (1986): «Micro-analyse et construction du social», in J. REVEL (ed.), *Jeux d'échelles. La micro-analyse à l'expérience*. Paris: Seuil/Gallimard, pp. 15-36.
- REVEL, J. (1996): «Les usages cognitifs du récit historique», communication présentée au séminaire *Le Modèle et le récit*, le 7 février 1996, tapuscrit.
- RICŒUR, P. (1983): *Temps et récit*. Paris: Seuil, vol. I.
- SMITH, E. A. (1983): «Anthropological applications of optimal foraging theory: a critical review», *Current Anthropology*, 24: 625-651.
- SPRANZI-ZUBER, M. (1998): «Le récit comme forme d'explication: science et histoire», *Littérature*, 109: 46-58.
- STOCZKOWSKI, W. (1990): «Modèles d'optimisation en archéologie, ou quelques réflexions sur la spéculation métaphysique», *Archeologia Polski*, 35: 113-133.
- STOCZKOWSKI, W. (1994): *Anthropologie naïve, anthropologie savante*. Paris, CNRS-Editions.
- STONE, L. (1980/1.<sup>a</sup> ed. americana 1979): «Retour au récit, ou réflexions sur une nouvelle vieille histoire», *Le Débat*, 4: 116-142.
- TAINE, H. (1856): *Essai sur Tite-Live*. Paris: Hachette.
- THAGARD, P. (1988): *Computational philosophy of science*. Cambridge, Mass.: The MIT Press.
- TYLER, S. (1986): «Post-Modern Ethnography: from document of the occult to occult document», in J. CLIFFORD & G. MARCUS (eds.) *Writing cultures*. Berkeley: University of California Press, pp. 122-140.
- VANN, R. T. (1987): «Louis Mink's linguistic turn», *History and Theory*, 26: 1-14.
- VEYNE, P. (1970): *Comment on écrit l'histoire*. Paris: Seuil.
- VIGNY de, A. (1993/(texto escrito en 1827): «Réflexions sur la vérité dans l'art», in B. Bouvet (ed) *Alfred de Vigny. Œuvres complètes*. Paris: Gallimard, vol. II.
- WATSON, P. C. (1977): «On the failure to eliminate hypotheses...- a second look», in P. N. JOHNSON-LAIRD & P. C. WATSON (eds.) *Thinking. Readings in cognitive science*. Cambridge: CUP, pp. 307-314.
- WELLS, S. (1993): «Spandarels» narration, and modernity», in J. SELZER (ed.) *Understanding scientific prose*. Madison: The University of Wisconsin Press, pp. 42-60.
- WINTERHALDER, B. & SMITH, E. A. (eds.) (1981): *Hunter-gatherer foraging strategies*. Chicago: The University of Chicago Press.

- WHITE, H. (1973): *Metahistory: the historical imagination in nineteenth-century Europe*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press.
- WHITE, H. (1978): *Tropics of discourse. Essays in cultural criticism*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press.
- ZAMBELLI, P. (1979): «Uno, due tre, mille Menocchio ? Della generazione spontanea (o della cosmogonia «autonoma» di un mugnaio cinquecentesco)», *Archivio Storico Italiano*, 137: 51-90.
- ZAMBELLI, P. (1985): «From Menocchio to Piero della Francesca: the work of Carlo Ginzburg», *The Historical Journal*, 28: 983-999.
- ZOLA, E. (1971/1.<sup>a</sup> ed. 1880): *Le Roman expérimental*. Paris: Garnier-Flammarion.

## RESUMEN

Se cuestiona aquí la autonomía cognitiva del relato, la supuesta originalidad cognitiva de lo narrativo. Las hipótesis interpretativas-explicativas transmitidas por un texto narrativo pueden —y deben— ser sometidas a evaluación según criterios epistemológicos generalizados en el ámbito científico. También se pone en cuestión que la modelización sea garantía por sí sola de científicidad o que sea capaz de asegurar una mayor eficacia cognitiva que el relato. En su búsqueda de conocimiento, las ciencias sociales no tienen por qué elegir entre el relato y el modelo.

## ABSTRACT

In this paper, it is called the cognitive autonomy of discourses into question, that is the supposed originality of the narratives. The interpretative-explanatory hypothesis transmitted by a narrative text can —and should— be assessed under epistemological criteria that must be widespread in the scientific field. It also questions that modelling is in itself a warranty of scientificity and even that modelling gives us a better cognitive efficiency than that of the discourse. In their search for knowledge, social sciences have not a reason to choose between discourse and modelling.